

# Mis muertos

JUVENAL ACOSTA\*

*A Juan García Ponce*

*A mis amigos en la Universidad  
del Valle, Cali*



\* Escritor y ensayista mexicano

Foto del libro de Juan Rulfo, Fotógrafo



## Resumen

El viento miserable de la noche, el rencor vivo, los murmullos que despiertan a los muertos. Juan Rulfo y Comala, la tierra caliente de la culpa y el remordimiento. No hay una sola lectura de Pedro Páramo y El llano en llamas, esas dos grandes obras de la literatura. Su obra va más allá de la denuncia y va más allá del lenguaje: no es nada más literatura, es sangre y es tierra. Rulfo confirmó que la escritura no es una parcela de los privilegiados y que hay que escribir sobre aquello de lo que se tiene evidencia y certeza. Hay que leer a Rulfo, aprender de él la economía del lenguaje, el rigor sintáctico, la ironía fina, el espacio blanco del discurso, y hay que enseñarles a nuestros jóvenes a entenderlo.

## Abstract

The pitiful wind of the night, living resentment, the murmurs that wake the dead. Juan Rulfo y Comala, the hot land of guilt and remorse. There is not a single reading about Pedro Paramo and The Flatlands in Flames, those outstanding master pieces of literature. His work goes beyond allegation and language; it is nothing more than literature, it is blood and it is land. Rulfo confirmed the fact that writing is not a plot for people with a privilege and that it is necessary to write about that from we have evidence and conviction. It is necessary to read Rulfo's work, to learn from him about economy of language, the syntactic severity, the fine irony, the blank space of speech and it is necessary to teach youth to understand about it.



Foto del libro Juan Rulfo, fotógrafo

## I

Me siento culpable porque no recuerdo con exactitud qué cosa estaba haciendo cuando me enteré que Juan Rulfo había muerto y en cambio tengo la imagen precisa del momento en que una mujer con quien viví hace muchos años vino y me dijo: «acaban de decir en el noticiero de la radio que murió Borges».

Siento también algo de culpa porque ante el inminente fallecimiento de mi abuelo materno corrí al aeropuerto para tomar el primer vuelo de San Francisco a Ciudad de México y así poder estar cerca del viejo en su momento final. Fui afortunado porque don Aarón Hernández Montaña decidió esperarme para decirme algo con los ojos antes de morir. Me duele saber que esa última mirada estaba llena de algo que se parecía mucho a la angustia. Esto no lo pude hacer por mi otro abuelo, don Juvenal Acosta Cruz,

porque a sus noventa y siete años, el viejo había perdido todo rastro de lucidez y eso me dio una excusa pobre para evitar el viaje a México: no me reconocería. No puedo pedirle perdón a mi abuelo Juvenal. Los muertos no perdonan porque no pueden.

En México hay muy pocos muertos. Pareciera que cada uno de nosotros camina al frente de su procesión de sombras. Solamente el olvido mata y México es un país que nunca olvida las cosas importantes. En México nuestros muertos se sientan a la mesa y nos miran con sus ojos huecos. A veces nos hacen preguntas, nos escuchan cuando nos dirigimos a ellos con tristeza o con respeto. Cuando escucho a mi madre murmurar a solas sé con certeza que debe estar hablando con uno de sus muertos.

## II

Yo soy mi propio muerto. Todos los días me levanto y me acuesto con mi muerte.

## III

Juan Rulfo estaba sentado en una silla ocupando la mesa del café que estaba junto a la ventana. Sobre la mesa uno de sus codos, una tacita de café *express*, una coca-cola, una cajetilla de cigarrillos *Winston* y un cenicero. Así estaba la primera vez que lo vi. Yo me senté cerca de él, pero no me atreví a dirigirle la palabra. Yo me levantaba temprano y me iba en camión hasta el otro lado de la ciudad para ver si me lo encontraba en el café. Lo pude encontrar unas veces más pero nunca me quise acercar a él. No era nada más mi timidez de poeta joven, inseguro. Había también otra razón y esa razón era la gran melancolía de su presencia. La gran tristeza de sus hombros viejos, su espalda encorvada. Tal vez estaba enfermo o tal vez, y esto es lo que yo quería creer, Juan Rulfo estaba pensando en alguna mujer. Quizás

Rulfo pensaba en el cuerpo ido de su propia Susana San Juan. Quizás sus ojos y su carne vieja y seca, su gesto triste, buscaban a través de la ventana del café los ojos o la boca de esa mujer. O tal vez estaba ocupado escuchando el murmullo de sus propios muertos.

#### IV

En su ensayo *Bartleby y compañía* el español Vila Matas se ocupa de Rulfo y lo utiliza como eje para discutir el silencio del escritor que renuncia a la escritura. Rulfo anunció pero nunca publicó *La cordillera*, su supuesta última novela. Sus dos obras breves pero suficientes, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, son la evidencia de que la calidad de una obra literaria no se mide en kilos. Yo no creo que Rulfo haya dejado de escribir. Escribir no es mecanografiar sino estar vivo. Creo en cambio que el silencio voluntario y reticente de Rulfo es más elocuente y poderoso que muchos de los libros que los mexicanos hemos venido escribiendo desde 1955, cuando *Pedro Páramo* fue publicado. Los escritores no dejan de escribir, simplemente se autoexilian, se meten en sí mismos, se refugian en la isla de su soledad en llamas, como José Gorostiza calificó a la inteligencia. Creo que el silencio de Rulfo tiene más que ver con la conciencia de saber, o intuir al menos, que aquello que tenía que decir ya lo había dicho. Así como un pájaro no cesa de serlo cuando deja de cantar, para utilizar una imagen de la poesía náhuatl, Rulfo no dejó de ser escritor al decidir no volver a publicar. Como en *Pedro Páramo*, como en Comala, el silencio en realidad no existe porque siempre está poblado de murmullos.

#### V

Quizá porque mi familia viene de la tierra caliente del estado de Guerrero, me es muy fácil entender



Foto del libro Juan Rulfo, fotógrafo

la tierra caliente de Jalisco, casa de Comala, placenta de la Media Luna. No hay tierra más violenta y más severa que la tierra caliente. No hay tierra más difícil, más cabrona. Pero Comala no está en Jalisco, así como Macondo no está únicamente en Colombia. Qué feliz intercambio de tierras condenadas. Leyendo *Cien años de soledad* no podía entender a los catorce años que Macondo no estuviese en Guerrero. Y ahora tengo la certeza de que Comala está en Colombia y Macondo en Guatemala y Comala en Bolivia. Geografías del corazón y del texto. Latitudes sentimentales de la lectura o simple ordenamiento del origen, de la idea necesaria del origen que uno descubre en el mito y el sueño, en el cuerpo palpitante de la historia que se niega a que nos olvidemos de ella, que no nos lo permite.



Foto del libro Juan Rulfo, fotógrafo

## VI

¿Qué nos queda? El viento miserable de la noche, el rencor vivo, los murmullos que despiertan a los muertos. No hay una sola lectura de *Pedro Páramo* porque no hay una sola lectura de ninguna obra. Hoy mi lectura de esta pequeña obra maestra no es la misma de hace casi treinta años, cuando resentí su lectura obligatoria en el colegio secundario, lectura que me alejó por muchos años de este libro, ahora tan importante en mi vida. Si la vida me es fiel, mi relectura de *Pedro Páramo* dentro de veinte años será con certeza muy distinta. Hoy he entendido esta novela como un gran poema de amor, poema oscuro de un amor perdido, prohibido y muerto, que ni la muerte misma ha podido extinguir como el amor de Susana San Juan por su difunto marido Florencio. O poema de un amor que

pudre, roe, consume y devora como el amor de Pedro Páramo por Susana San Juan. En Comala todos los muertos están vivos. Comala es la tierra caliente de la culpa y el remordimiento. Es el infierno. Y los muertos de Comala, como todos los muertos de América Latina, aman, odian y están tan solos como los vivos. Los muertos sufren en hueso propio de ese amor constante más allá de la muerte del que hablaba Quevedo. Son polvo enamorado. Son como nosotros, son imagen y semejanza de nuestros rostros porque todos nosotros vivimos en Comala.

## VII

No sé qué nos queda. El cacique Pedro Páramo sigue dejando morir a Comala. Desde México hasta la Patagonia argentina los caciques continúan ejerciendo su dominio y no hay escritor que pueda hacer nada al respecto. Los muertos de América Latina no pueden dormir porque la humedad pudre los féretros, la sangre que se filtra por la tierra los mantiene despiertos. ¿Qué vamos a hacer con nuestros muertos? ¿Qué carajos podemos hacer por nuestros muertos?.

## VIII

Rulfo nos dijo claramente que habitamos el infierno y que el único escape posible está en el amor y en el sexo. Como Ramón López Velarde, nuestro poeta zacatecano, o como Octavio Paz, Juan Rulfo intentó develar para nosotros las claves mínimas de nuestra dicha. Ramón López Velarde le recomendó a su patria la lealtad a sí misma, mientras su cuerpo torturado por los demonios de la lujuria y la conciencia de la fe se debatían para dejarnos finalmente un cadáver joven de treinta y tres años y tres libros breves de poemas necesarios, al menos para México. Paz se internó por las veredas de la curiosidad intelectual

y el resultado fue una obra monumental que cierra prácticamente con un poema, *Carta de creencia*, una vida dominada igualmente por la pasión crítica y amorosa. En este gran poema de amor Paz nos habla del aprendizaje que es vivir y nos dice que tal vez lo importante es aprender a mirar, aprender el arte de la inmovilidad y habitar el árbol del lenguaje que es nuestra identidad, nuestra sangre savia, entender su raíz profunda. Juan Rulfo miró el paisaje de su tierra y descubrió miseria y corrupción. Se miró en el espejo de su tierra y descubrió un espejo indeseado. Su obra va más allá de la denuncia y va más allá del lenguaje: no es nada más literatura, es sangre y es tierra. Rulfo confirmó lo que la obra de López Velarde declaró en silencio, que nuestros grandes escritores no vienen del centro sino de las orillas; que la escritura no es una parcela de los privilegiados y que tenemos que escribir sobre aquello de lo que tenemos evidencia y certeza. Hay que leer a Rulfo, aprender de él la economía del lenguaje, el rigor sintáctico, la ironía fina, el espacio blanco del discurso, y hay que enseñarles a nuestros jóvenes a entenderlo. En tanto continuemos haciendo de esto la tierra caliente de Comala. La entraña hirviente de Susana San Juan, el mito, el sueño y la historia podrán continuar ofreciéndonos la clave de esa dicha que no tiene que ser inalcanzable. ⚙

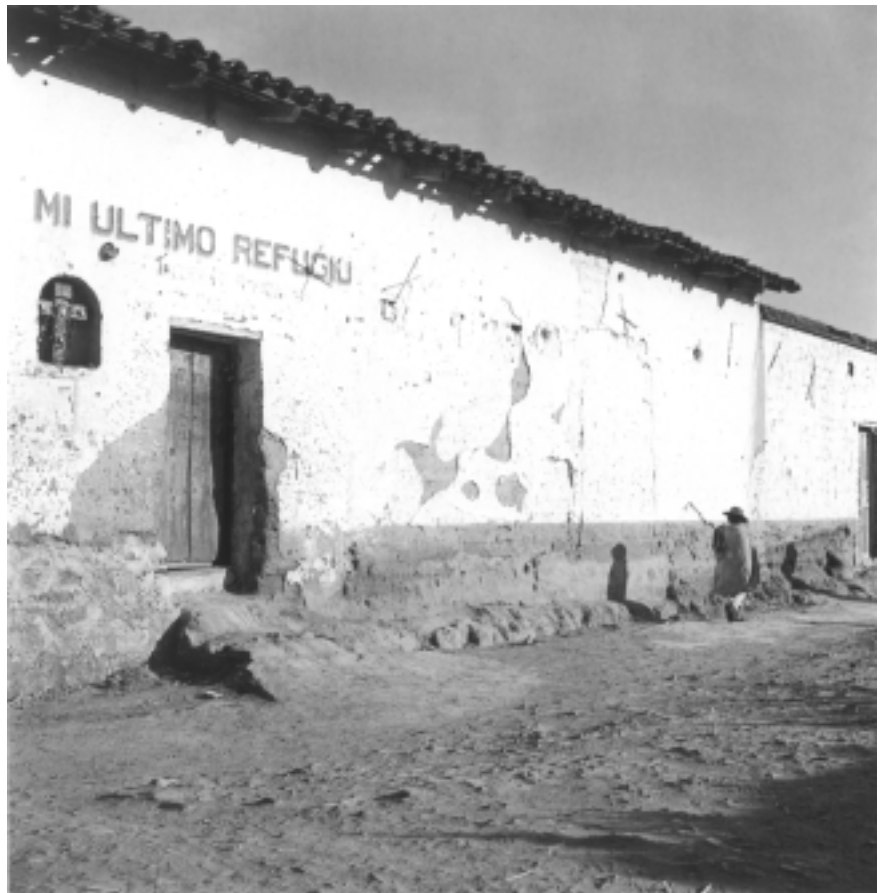


Foto del libro Juan Rulfo, fotógrafo